

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por don A. P.—Dolores de María (poesia), por don Antonio Arnao.—El Padre nuestro, por don Gaspar Nuñez de Arce.—Paráfrasis de un canto de alabanza de Isaias (poesia), por don Juan A. Viedma.—Labores, por J. G. B.—Variedades: El Jueves Santo en Viena.

INSTRUCCION.

SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER.

Enseñanza religiosa.

En nuestro artículo del 8 de Marzo nos remitimos á este para tratar de la instruccion cristiana necesaria á la niñez, y no podíamos ocuparnos en mejor tiempo de tan grande asunto.

Celebrando ahora la Iglesia los hechos mas sublimes de nuestra redencion, todos los años hemos dedicado nuestra tarea á conmemorarlos; todos los años hemos hecho ver la alta, la inmensa gloria que cabe á la mujer en la salvacion del mundo.

Si Eva nos legó el pecado, María nos dió al Redentor, y lavó con sus lágrimas y la sangre de sus entrañas la mancha de la primera mujer.

María es la figura colosal del cristianismo: es la personificacion de todo lo mas grande, de todo lo mas sublime, de todo lo mas glorioso. Sus dolores no tienen igual: vé espirar á su Hijo en el patibulo entonces mas ignominioso; y sola, al pié de la cruz yllorando, no vé luego á su alrededor mas que á dos mujeres. Las que eran débiles son las fuertes: á las que acusan de timidez, trocaren su situacion por la de Jesus, y murieran con él gozosas. El amor las hace heroínas. El amor de la mujer es siempre grandioso.

Allí se vé á María, teniendo despues en brazos el cuerpo de su Hijo, lavarle la sangre con sus lágrimas, perfumarle con aromas.

Las tres santas mujeres le acompañan á la sepultura; á ellas se les revela la resurreccion de Jesus, y ellas la publican.

Las mujeres toman desde entonces una parte activa en los misterios de nuestra religion, y en su propaganda. Ellas asisten á las Catacumbas de Roma, y son instituidas diaconisas; comparecen valerosas ante los jueces, que las condenan por perseverar en su fé, y antes que faltar á sus creencias, sufren el tormento, la muerte en el circo, son despedazadas por las fieras, y las que no conquistan la palma del martirio, recogen los restos de los mártires, y les dan sepultura, y les conservan para la posteridad.

El sér que compartía con el hombre el martirio y la gloria no podía ser su esclavo: la religion le declara su igual. La sociedad humana le debe su enaltecimiento.

Inseparable de la mujer la religion cristiana, véla tambien como demuestra su fé en el fervor con que práctica los deberes religiosos, en el amor con que enseña á sus hijos los santos dogmas. Ella dirige las primeras palabras de los niños á alabar á Dios, y ella es la que con mas confianza le pide el bien y le espera.

Pero dejamos deslizar insensiblemente nuestra pluma, impulsada por tan magnífico asunto. Compréndese, sin embargo, lo interesada que por sí está la mujer en la religion de Jesucristo, y de aquí la necesidad de darla á conocer á sus hijos; y ninguna enseñanza como la de dirigir poco á poco su entendimiento, á fin de que conozcan primeramente la existencia de un Dios criador de todo lo que existe. Escitada la admiracion de los niños por su curiosidad, su deseo es saber dónde está Dios y cómo es, y en-

tonces corresponde enseñarles que no sería tan omnipotente sino fuese incomprendible, y que siendo infinitamente superior á nuestra capacidad, no se puede hallar comparacion justa, aunque se forma algun conocimiento limitado por sus obras, como por ejemplo, la inmensidad y hermosura de ese cielo azul y trasparente, tachonado de brillantes estrellas, del ardiente sol y de la clara luna, de la estension del mar y de la tierra, y de las innumerables producciones de animales y de frutos, desde la colosal ballena hasta el insecto microscópico que se agita en el agua mas cristalina, y desde la imperceptible flor del musgo, hasta el corpulento y gigante cedro.

¿Qué mayor idea se puede dar de Dios? Y sin embargo, aun se pueden esponer los beneficios generales y comunes que hace al hombre. La creacion, la redencion, la conservacion, son otras tantas fuentes inagotables para beber las puras aguas de la fé, otras tantas luces de verdad para aclarar el entendimiento y conocer la omnipotencia de Dios. Son igualmente motivos de enseñanza, los beneficios particulares, como la salud, las riquezas, las gracias personales, el talento, etc.

Explicada la grandeza de Dios y sus beneficios, trátase de sus leyes, que son los mandatos, y de la adoracion interior y exterior que se le debe: la interior, en la pureza y rectitud de intencion en todas las acciones, y en la sujecion voluntaria del entendimiento: la exterior, en la práctica de todas las virtudes.

Esta instruccion es la que es preciso aumentar y estender, á proporcion de la edad y de los progresos que hace la razon, para resistir los primeros combates de la malicia, cuando quiera borrar esta sencilla virtud.

Y como la práctica de esta virtud no está en fórmulas exteriores, como debe saberse algo mas de que hay un Dios, importa cimentar en el ánimo de las niñas, que la verdadera y sólida virtud, consiste en practicar lo bueno y aborrecer lo malo, refrenar las pasiones indebidas, mortificar los apetitos, ejercitar la caridad, y cumplir sobre todo fielmente las obligaciones.

«No quiere Dios, dice el Maestro Fr. Luis de Leon, tratando de las obligaciones de la mujer casada, y de las particulares de cada estado,— que la religiosa se olvide del suyo y se cargue de los cuidados de la casada; ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa y se torne monja.»—«En las casadas, dice mas adelante, hay otras, que, como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan de ellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario, y el calentar

el suelo de la iglesia tarde y mañana; y piérdese entre tanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el mundo.» Explicando despues cómo han de orar las unas y las otras, dice:—«Qué en las monjas ha de ser como oficio, y en las casadas como medio para cumplir mejor con su oficio.... porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina y la hacienda crece.»

Nada mas dulce que el cumplimiento de los deberes si no se abusa de ellos; por esto es oportuno representar á las niñas frecuentemente, y con la mayor naturalidad, las conveniencias que se siguen de una conducta juiciosa y cristiana, y los perniciosos efectos de los vicios y desórdenes, mostrándoles, al ver los malos ejemplos, cuán desgraciada es la persona que se deja llevar de sus pasiones y no de la razon.

La misma causa que suele hacer á las mujeres tan estremadas en sus devociones, cuando se inclinan hácia esta parte, hace tambien que no distingan entre las precisas y las voluntarias, y por eso son mas propensas á la supersticion. Es una ofensa muy grande á la divinidad el creer que se contente con un culto meramente exterior, y con un cierto formulario de devociones, en lo cual tiene poca ó ninguna parte el corazon, siempre que no se procure moderar los deseos y sujetar la voluntad.

Así lo enseña nuestra santa religion; así lo oiremos predicar en estos dias tambien santos; así lo practican las que tienen arraigada en el corazon la fé religiosa, base de la virtud.

Tendamos hoy nuestras miradas al Gólgota, veremos en el Calvario la cuna del cristianismo y de la verdadera civilizacion, y enterrado el paganismo y las supersticiones; y despues de oscurecerse el cielo—brillar el astro de ventura para la desde entonces redimida sociedad humana.

A. P.

LITERATURA.

DOLORES DE MARÍA.

En tus ojos que envidia la aurora
contemplo, ó señora,
tu inmenso dolor;
y al sentir que tu espíritu gime,
mi pecho se oprime,
muriendo de amor.

Ellos dicen que en rudo madero,
cual santo cordero,
tu bien morirá:
no lamentos la fiel profecía,
que al fin su agonía
su gloria será.

Con tu infante en el seno encubierto,
por vasto desierto
te llevó José:
nada temas del rudo tirano:
su enojo inhumano
tu huella no vé.

En Salem á tu amado perdiste;
y tú, Madre triste,
suspiras por él:
torna al templo; verásle triunfando,
y al pueblo enseñando
la ley de Israel.

¿No le ves con la cruz afrentosa?
la turba gozosa
le befa al pasar.
Deja, ó Madre, que cruce esa vía:
por ella nos guía
su triunfo á gozar.

Si entre mofa y escarnio insolente,
del leño pendiente,
Jesus espiró,
vé que en él, á su influjo sagrado,
la muerte ha cesado,
la vida brotó.

Ya bajaron al Dios Nazareno:
ya vuelve á tu seno
que sientes morir:
hoy tu llanto de amor congojoso,
cual óleo precioso,
su cuerpo ha de ungir.

¡Sola estás! ¡quién comprende tu pena!
La tierra está llena
cual tú de pesar;
y al rigor de tu duelo angustiada,
en llanto embargada,
no sabe llorar.

¡Yo á tu planta me postro, ó María!
¡Otórgame pía
el bien que amo yo!
¡Haz que pura tu lágrima ardiente
descienda á mi frente
que el mal empañó!

ANTONIO ARNAO.

EL PADRE NUESTRO.

En otro tiempo conocí á un anciano médico que tenía por costumbre, siempre que su ayudante, que le servía de secretario, le presentaba la cuenta devuelta por un deudor, á quien los reveses de la fortuna no le permitían satisfacer su deuda, romper el recibo y escribir al márgen de su libro de caja: *Pagado*.

—No es este el medio mejor de enriquecerse, le decía su secretario.

—Yo espero poder decir hasta el fin de mi vida el *Padre nuestro* con completa convicción, respondía el digno médico con una sonrisa, en que se pintaban la serenidad y la calma: —*Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*.— Cuando elevamos al cielo esta plegaria, amigo mio, debemos examinarlos profundamente, interrogar nuestros corazones, y preguntarnos con sinceridad si estamos dispuestos á perdonar á nuestros deudores, y á dar por satisfechas sus deudas. Es necesario proceder con los demas como deseamos que á nuestra partida del mundo proceda Dios con nosotros.

Estas palabras del honrado y venerable anciano, que ha recibido despues en un mundo mejor la recompensa ofrecida á los que son misericordiosos, se grabaron hondamente en mi alma, y frecuentemente en las relaciones de la sociedad, he buscado su aplicación con mas perseverancia que fortuna.

Es reducido el número de aquellos que pueden con el corazón tranquilo decir al Señor por mañana y tarde: «Perdónanos como nosotros perdonamos; redime nuestras deudas como nosotros redimimos las de los demas.» En la generalidad estas palabras son mas bien una provocación que una plegaria, un llamamiento á la venganza del cielo, mas que una invocación á su misericordia.

Santiago Hernandez pertenecía al número de las personas á quienes me refiero.

Santiago Hernandez era un hombre de negocios, rico, honrado y probo, que daba, como él decía, á cada uno lo suyo; pero que quería que de la misma manera procediesen en todo con él. La hacienda de otro era para él sagrada, y consideraba la suya como igualmente sagrada para los demas. Hernandez era lo que vulgarmente se llama un *hombre honrado á carta cabal*. Fiel á sus principios, no hacía jamás gracia de un maravedí á sus deudores, y los perseguía sin descanso hasta la estinción de la deuda.

No era, pues, de estrañar que con una equidad tan severa, y con la prudencia que naturalmente acompaña á aquella, Santiago Hernandez hiciese excelentes negocios, y que pasase por uno de los co-

merciantes mas *sólidamente* afianzados en la ciudad.

Entre las personas con las cuales estaba en relaciones de comercio, se hallaba un mercero llamado Aguilera. Laborioso, celoso de su buen nombre, y económico éste, llevaba á buen término sus modestas especulaciones, y atendia al sustento y educacion de una familia numerosa. Pero de pronto la fortuna le abandonó; muchos mercaderes que le debian sumas considerables, se declararon en quiebra casi al mismo tiempo; los vencimientos llegaron y no pudo satisfacerlos; arruinóse su crédito, y el pobre hombre, que con tiempo y economía hubiera podido resistir los golpes de la adversidad, desprovisto de todo recurso, se vió obligado tambien á declararse en quiebra.

Queriendo soportar solo el peso de la miseria, y hacer sufrir á los demas el menor mal posible, Aguilera abandonó completamente sus bienes á los acreedores. La casa de su padre, donde habia nacido y habia esperado morir, fué vendida con todo cuanto contenia. Pero el desastre habia sido tan grande, y su pasivo tan considerable, que sus acreedores solo fueron indemnizados proporcionalmente. Aguilera, habiendo dado todo lo que poseia, se encontró completamente perdido, sin saber como atender á la subsistencia de sus seis hijos. Apeló á varios medios sin fruto alguno; pero la Providencia, que no abandona á los desgraciados, le proporcionó, despues de haberle hecho pasar por no pocas amargas, un empleo.

En el número de los acreedores contábase Hernandez. Aguilera era uno de sus amigos de infancia, y hacia muchísimos años que estaban en relaciones comerciales; así es, que la noticia de la quiebra le inquietó poco ó nada. Debíale solo cuatro mil reales.

—Aguilera es un hombre honrado, dijo, y me pagará mas ó menos pronto. No perderé nada con él.

Y salió en busca de su deudor el desgraciado Aguilera.

—Ya ve Vd. que desventurado soy, le dijo éste. Nada poseo; estoy completamente arruinado. Pero lo que mas siento es, que mis acreedores no hayan podido ser pagados del todo. Sin embargo, si el cielo me concede fuerza y salud, espero que antes de morir habré satisfecho hasta el último maravedí de todas mis deudas. Un hombre honrado no puede gozar un momento de tranquilidad, mientras no haya pagado todos sus débitos.

—Piensa Vd. noblemente, querido Aguilera, le contestó Hernandez, y da Vd. con esto una nueva prueba de la delicadeza de sus sentimientos. Por mi parte aseguro á Vd. que no le inquietaré; mucha falta me hace el dinero que me debe Vd., es verdad; pero esperaré hasta que esté en disposicion de pagarme. Siempre he creído á Vd. probo y honrado, y llevo la confianza de que no me engaño.

—Gracias á Dios, exclamó el deudor, la honradez es lo único que me queda de la herencia de mis padres.

La voz de Aguilera al pronunciar estas palabras, era trémula, y en sus ojos brillaban algunas lágrimas difícilmente comprimidas. ¡Cuán sombrío no se presentaba entonces su porvenir! ¡Cuántas humillaciones, cuántos sufrimientos, cuánta desesperacion, no le esperaban en el triste camino de la vida!

Los dos amigos se separaron: el acreedor con la frente erguida, el paso lijero y la mirada segura; el deudor triste y abatido.

Por la noche Hernandez al acostarse dirigió al cielo su oracion acostumbrada: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. Pero apenas habia espirado la última palabra de la plegaria en sus labios, cuando se puso á meditar mentalmente sobre las probabilidades con que contaba de cobrar las cantidades que Aguilera le debia. Este pensamiento le preocupó largamente, y mientras agitó su cerebro, no se fijó ni una sola vez en la desastrosa posicion de su amigo, ni recordó su conducta pasada, ni los lazos de intimidad que los unian: su corazon y su espíritu estaban completamente ocupados por cálculos egoistas; y no habia lugar en su inteligencia para los pensamientos de humanidad, de piedad y de simpatía.

Un año, dos, hasta tres pasaron, sin que Aguilera hubiera podido satisfacer sus obligaciones. Verdad es que habia encontrado un empleo; pero éste no era muy lucrativo, y solo le producía escasamente para atender á sus mas perentorias necesidades, y dar á sus hijos una conveniente educacion. Estos habian crecido, y con ellos las obligaciones de la familia. Érale, pues, de todo punto imposible el acabar de pagar á sus acreedores, y esta imposibilidad atormentaba muy á menudo su ánimo y su conciencia.

—¡Oh deuda, deuda, deuda, decia frecuentemente suspirando. ¿Qué no daría yo por poder decir como otras veces: ¡já nadie debo nada! Pero con una familia tan numerosa y tantas cargas como sobre mí pesan, ¿qué puedo yo hacer?

Un día, en que estaba absorto en estas reflexiones desesperadoras, recibió la visita de su amigo Hernandez. Varias veces éste le habia recordado su deuda por medios mas ó menos directos; su visita era siempre de mal agüero; Aguilera al verle entrar palideció á pesar suyo.

—¿Cómo está Vd.? le preguntó el acreedor fijando en su víctima una mirada investigadora.

—Bien, amigo mio, contestó Aguilera dulcemente. Mi salud es buena, á Dios gracias, y con mi empleo estoy bastante contento.

—Me parece que vive Vd. *demasiado* bien, repuso Hernandez con tono de queja.

—La Providencia, exclamó el deudor, no ha permitido que tuviéramos necesidad de imponernos duras privaciones....

—Gana Vd. seis mil reales, no es así? le preguntó Hernandez interrumpiéndole bruscamente.

—Sí, contestó Aguilera; pero tengo seis hijos...

—Con orden y método, continuó el acreedor sin dejarle acabar, se puede muy bien vivir con ese sueldo, y aun hacer algunas economías. He dejado á Vd. tranquilo sin molestarle en lo mas mínimo por espacio de tres años, contando con que haria algo para ir extinguiendo nuestra deuda; pero me he engañado. Si me hubiese Vd. entregado cinco duros todos los meses, ya estaria esto terminado para honra de Vd. y satisfaccion mia. Conozco á algunas gentes que tienen tantos hijos como Vd., y que solo ganan cuatro mil reales al año, y sin embargo nada deben.

Aguilera bajó la cabeza sin responder ¿Qué podia decir?

—Yo habria creído á Vd. siempre un hombre honrado, añadió Hernandez con un aire que dejaba entrever algunas dudas acerca de la probidad del deudor.

—Esto lo saben bien Dios y mi conciencia, dijo Aguilera mirando á su acreedor tristemente.

—Deseo por Vd. mismo, prosiguió Hernandez, que no tenga porqué arrepentirse sobre este particular. Pero por lo que á mi toca personalmente, todo lo que yo quiero saber es si tiene Vd. intencion de pagarme, y cuándo.

—¿Cuánto le debo á Vd.? preguntó Aguilera.

—La deuda de Vd. á mi favor asciende á tres mil ochocientos noventa rs.; pero con los intereses sube hoy á cuatro mil quinientos....

—Hay antes otros acreedores.

—Lo sé; pero esto no me importa.

—El total de mi pasivo, repuso Aguilera, llega á setenta mil reales. Solo el interés anual de esta suma supera á mi mezquino sueldo. ¿Cómo no pudiendo pagar los intereses, quiere Vd. que pague el capital?

—Sin embargo, respondió Hernandez, si Vd. no puede pagarlo todo, puede muy bien pagar algo. Habla Vd. de conciencia, señor Aguilera, y me parece que la de Vd. no debe inquietarle gran cosa. Vivir como Vd. vive, y no pagar las deudas, paréceme que no es proceder muy lealmente. No quiero andar con rodeos para decir mi opinion, y ya sabe Vd. la mia con toda franqueza.

El tono con que el acreedor hablaba daba á sus palabras un carácter mas ofensivo aun. Aguilera sintió que se le oprimía el corazon, y dijo con una emocion que procuraba en vano ocultar.

—Mas probidad hay en mí sin pagar lo que no

puedo, que en Vd. al hacerme semejante proposicion.

Esta justa recriminacion hizo palidecer de ira á Hernandez; sus lábios se agitaron convulsivamente, y exclamó en són de amenaza:

—¡Probidad! ¿cómo se atreve Vd. á pronunciar esta palabra?

—Diez son mis acreedores, dijo Aguilera con voz firme y severa. Quiero que Vd. mismo decida la cuestion. Debo á D. Juan Lopez seis mil reales. Suponga Vd., que pudiendo disponer de esta suma, sin la esperanza de volver á poseer otra igual en mucho tiempo, se la entrego al señor Lopez, en vez de repartirla entre todos mis acreedores. ¿Encontraria Vd. justo este modo de proceder? De seguro que no. ¿Y creeria Vd. que el señor Lopez era un hombre de bien, si supiera que habia estado persiguiéndome y mortificándome sin tregua ni descanso, para que le entregase una cantidad que pertenecia á todos? ¿No habria tanta deslealtad por su parte, teniendo tales exigencias, como por la mia accediendo á ellas? Pues bien: figúrese Vd. que este hombre en lugar de llamarse D. Juan Lopez se llama D. Santiago Hernandez, ¿qué juicio formaria Vd. de él? Si yo tuviese dinero lo repartiria entre todos mis acreedores, y no se lo daria á uno solo. Esta es la única respuesta que puedo dar á la proposicion de Vd.

Ser tratado así por un hombre que le debia, y que por lo tanto, se hallaba con respecto á él en una posicion de absoluta inferioridad; ser llamado desleal por el mismo que no habia cumplido sus obligaciones y compromisos, era demasiada humillacion para que pudiera soportarla el amor propio de Hernandez. Levantóse, pues, precipitadamente y salió diciendo:

—No tardará Vd. en arrepentirse de este insulto, señor mio. He esperado á Vd. durante tantos años porque le habia creído honrado, ¡y responde Vd. con injurias á mi generosidad! Pero ya se ha acabado mi paciencia: Vd. está en disposicion de pagarme, y yo encontraré medio para obligarle á que lo ejecute.

En seguida salió de allí tan inquieto como humillado.—Yo encontraré un medio—habia dicho; pero estaba bien lejos de hallarle: la ley solo le indicaba uno: el embargo de los muebles. ¡El embargo! ya mas de una vez esta palabra fatal habia venido á apurar al pobre Aguilera en sus horas de amargo desconsuelo. Mas ¿apelaria Hernandez á este último extremo? ¿Se atreveria á destruir tan inconsideradamente el fruto de tres años de un trabajo asiduo é incesante? Ayl entonces recordaba que en ocasiones parecidas habia Hernandez acosado sin piedad á sus deudores, y que por sumas mas insignificantes aun, habia hecho vender sus muebles en pública subasta. Aguilera sabia ademas lo que significaba una amenaza en boca de tal hombre, y no esperaba nada bueno.

En efecto, al siguiente día por la mañana se presentó en su casa un alguacil del juzgado con una papeleta de citacion.

Asustado Aguilera corrió á casa de su acreedor.

—¿Qué piensa Vd. hacer? le preguntó con visible inquietud.

—Pienso obligarle á Vd. á que me pague, le contestó Hernandez brutalmente.

—¡Pero, si no tengo dinero!...

—¡Eso ya lo veremos! Buenos días.

Hernandez, para fortificarse en la resolucion que habia tomado de despojar á su antiguo amigo, pretendia persuadirse de que solo la mala fé y no la escasez de recursos, motibaba la negativa de Aguilera á hacer frente á sus obligaciones. ¡Es preciso castigar su desvergüenza, decia, sin conocer que el encarnizamiento que manifestaba contra su deudor, provenia, sobre todo, de su avaricia y del resentimiento del amor propio herido.

La víspera del dia en que terminaba el plazo concedido á Aguilera por Hernandez, éste que consagraba á su familia todos los instantes que le dejaban libres sus negocios, estaba sentado al lado de la chimenea con sus hijos y su mujer. Un niño de seis años arrodillado delante de él, recitaba con una voz pura y armoniosa como la de los ángeles el *Padre nuestro*. Cuando llegó á esta frase: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, el niño se volvió de pronto:

—Papá, dijo, ayer he vendido una cometa, como tú sabes, á Juanillo, el hijo del vecino; pero al pobre se la ha roto casi sin haberla usado.

—¿Y tú se la habias vendido en buen estado?

—Sí; pero la madre de Juanillo es pobre, y solo le da de vez en cuando algunos cuartos para que compre juguetes. Mi cometa valia una peseta, y Juan tardará bastante tiempo en pagarla, sin haberse divertido con ella: ya te he dicho que se le ha desgarrado. ¿A qué, pues, tomarle su dinero, cuando tiene tan poco?

—¿Dónde has aprendido esto? le preguntó su padre dulcemente conmovido, viendo espresar al niño tan nobles y generosos sentimientos.

—Estas ideas se me ocurren, añadió su hijo, siempre que rezo. Yo digo en mi oracion: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. ¿No es Juanito mi deudor?

—Sin duda alguna, hijo mio.

—Pues bien, si no perdono sus deudas, no debo esperar que Dios me perdone las mias. Si el Señor ha de hacer conmigo, como yo hago con Juanito, y obligo á éste á que me pague una cosa que ningun bien le ha proporcionado, mañana Dios no tendrá piedad de mí.

Habia una espresion tan grave en las palabras

del niño, que Hernandez se conmovió profundamente. Creyó ver en ellas un aviso del cielo, é involuntariamente recordó las palabras del Salvador del mundo: *Si no sois misericordiosos con vuestros hermanos, ¿cómo esperáis que vuestro Padre, que está en los cielos, os mire con misericordia?*

—¿No es verdad, papá, que tengo razon, continuó diciendo el niño, y que debo perdonar á Juanito lo que me debe? Sé positivamente que él me pagaría si pudiese; una peseta para mí no es nada, y voy á decirle mañana que estamos en paz. Así podré rezar sin temor ni vergüenza la oracion que me has enseñado....

—Sí, sí, perdónale lo que te debe, exclamó Hernandez abrazando á su hijo, que yo te daré la peseta....

Toda la noche el comerciante estuvo pensando en esta escena, que seguia creyendo una inspiracion divina. ¡Él tambien tenia deudas que satisfacer ante el tribunal de Dios, y sin embargo, miraba sin misericordia á sus hermanos!

En su alma lucharon en aquel instante los buenos y los malos sentimientos; la victoria fué de los primeros, y gracias á esto, pudo recitar su oracion cotidiana con el corazon henchido de dulces y consoladoras emociones.

Al día siguiente, cuando Aguilera se disponia á acudir al juzgado, un dependiente de Hernandez se presentó en su casa, y le entregó una carta.—Sin duda será otra nueva humillacion, dijo Aguilera suspirando, y rompió el sobre.

La carta era una cuenta detallada de lo que debia á Hernandez, que Aguilera recorrió con la vista maquinalmente. Pero ¡cuánta no fué su sorpresa, cuando al fin de la carta vió estendido un recibo en regla con estas palabras: «Me he engañado, y lo confieso, disimúleme Vd. Nada me debe Vd. ya. ¡Quiera Dios perdonarme mis deudas así como yo he perdonado las suyas!» (Traducido del francés.)

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

PARÁFRASIS

de un canto de alabanza de ISAIAS.

Voz de alegría que escuchó el profeta
en la noche callada.

Celeste aviso á la ciudad inquieta
de su Dios olvidada.

No ya como revuelto torbellino
se oirá la voz severa
del Dios que trazó al hombre su camino,
y que juzgarlo espera.

Ya la ira del Señor apagó el ruego
del pueblo arrepentido.
El ciego vió la luz, y ya huye el ciego
la noche en que ha vivido.

Sedienta está la fuente de agua pura,
mas brotarán raudales.
Llegad á Dios los que en la tierra impura
llorais acerbos males.

Descíñete la túnica flotante
Ariel (1) la bendecida,
viste el tosco sayal, y tu arrogante
vana soberbia olvida.

Voz de lamentacion alza en la cumbre,
y Dios verá tu duelo,
huye el horno del vicio, cuya lumbre
ha de abrasar el suelo.

Cánticos las doncellas de alabanza
en la ciudad levanten,
y en los valles vestidos de esperanza
de Dios la gloria canten.

Ya el árido desierto abandonado
la clara fuente baña,
y en la gruta dó tigres han morado
crece la verde caña.

Ariel deja tus tiendas, que palomas
por lo blancas semejan,
ya el sol alumbra las floridas lomas,
ya las sombras se alejan.

El ángel del Señor desde la altura
tendrá el ala estendida,
para dar en la luz sombra y frescura
á Ariel la bendecida.

JUAN A. VIEDMA.

(1) Jerusalem.

LABORES.

Hoy sí, querida mia, que de seguro al abrir el *Correo* has saludado mi *recuerdo* con una sonrisa cariñosa; hoy sí que al contemplar ese lindísimo modelo, que va á ser objeto de mis esplicaciones en esta carta, se ha escapado de tus lábios una frase de admiracion.

En efecto, esa *bolsita octágona* es digna de que fijes en ella tu atencion; préstala tambien algunos instantes á mi carta, y verás como á pesar de la distancia que nos separa, vamos juntas armando esta labor.

En primer lugar, cortarás sobre uno de los modelos que llevan los núm. 2 y 3, ocho pedazos de terciopelo color de granate ó verde, los que cuidarás sean un poquito mayores que el patron, para poder coserlos con facilidad, y con cordoncillo de oro bordarás el dibujo que en ellos se marca, y que como ves, es tan sencillo, que casi sin dibujarlo en la tela podrias copiarle; pero te aconsejo que no omitas ese pequeño trabajo que ha de contribuir á la mayor perfeccion de tu obra: en el centro de cada cuadro has de bordar con hilillo de oro una de las letras sueltas que te da el grabado, incluidas las dos primeras que te presenta ya colocadas. Concluidos de bordar tus ocho pedazos de terciopelo, cortarás de un carton fuertecito otros ocho, exactamente iguales al modelo núm. 2, las que separadamente forrarás por un lado con cada uno de los pedazos de terciopelo, y por el otro con tafetan blanco, cosiendo luego unos cuadros á otros por medio de un *punto por encima* bastante fuerte, y uniendo el primero al último para cerrarlos. Te encargo tengas un especial cuidado al unir los cuadros de poner cada uno en el lugar que á la letra corresponda, para que despues de cosidos todos pueda leerse la palabra *souvenir*. Cortarás ahora un carton octágono, el que procurarás tenga todos los frentes del mismo ancho que los cuadros: este carton, que es el que te ha de servir de fondo, le forrarás por sus dos caras de tafetan, y le coserás tambien á *punto* en el borde inferior de los cuadros. Terminada esta operacion, cubrirás con cordon de oro, algo mas grueso que el que te ha servido para bordar, todas las costuras y filetes, de arriba y abajo de los cuadros. Ya casi tienes concluida tu obra, y solo te falta hacer una bolsa de raso del mismo color que el terciopelo, y coserla

por la parte interior de los cuadros, que la han de servir de base, rematándola arriba por un dobladillo ancho, y poniendo algo mas abajo una jareta, por la que pasarás una cinta elegante, que case con el color de la bolsa.

Ya tienes esplicada esta lindisima labor, que puedes ofrecer á una amiga para guardar las sedas ó estambres de su bordado; ó mejor, úsala tú para ese mismo objeto, y con eso me tendrás continuamente en la memoria: ya ves que la labor de hoy tiene su parte de egoismo.

Del patron de dibujos que recibiste el 31 del pasado, te recomiendo el distinguido *cuello parisien*, que llevaba el núm. 3. Este cuello, última novedad que nos han ofrecido nuestras elegantes vecinas, lleva en sí ese sello de buen tono que saben imprimir á todas sus modas: despues de bordarle al *pasado*, como se dijo á su tiempo en su esplicacion, le pondrás una guarnicion lijeramente fruncida todo alrededor, para lo cual te sirve la tira núm. 3, poniendo el mismo adorno al puño. Estas guarniciones las coserás debajo del festoncito que remata el dibujo: puedes sustituirlas tambien por un encaje.

Las cenefas correspondientes á los núms. 1 y 2 te servirán para infinitas aplicaciones, pero sobre todo deberias aprovecharlas para una bata blanca abierta. Con la cenefa núm. 1 podrias bordar el bajo todo al rededor y los dos paños de adelante hasta la cintura, y con la cenefa núm. 2 las mangas y escote, y demas adornos que quisieras ponerla. Si tus ocupaciones te lo permiten, sigue mi consejo, y emprende esa labor rica y elegante.

El feston número 8 puede servirte para unas mangas interiores de muselina, y los demas dibujos de escudos y cenefas, que lleva el mismo pliego tambien te ofrecerán mil ocasiones de utilizarlos.

Ya ves, querida Sofia, que procuro rodearte de dibujos á cual mas variados y nuevos, y que no en vano me llamas tu mejor amiga.

J. G. B.

VARIEDADES.

EL JUEVES SANTO EN VIENA.

La ceremonia mas interesante de este dia es la del Mandato, que se practica en Viena del modo siguiente.

El Emperador y la Emperatriz, en persona, sirven á la mesa y lavan los piés á veinte y cuatro ancianos pobres, doce hombres y doce mujeres, designados de ante mano.

Esta ceremonia se celebra con la mayor magnificencia, en el gran salon de baile del palacio imperial, que forma un inmenso cuadrado, rodeado de gradas, puestas en anfiteatro, y adornado de hermosas pinturas. El techo, de veinte métrós de elevacion, está sostenido por veinte y tres columnas de mármol paja. A la derecha de la puerta de entrada se eleva un estrado cubierto de ricos tapices, sobre el cual está colocada la mesa destinada para los hombres: es estrecha y larga, y contiene los doce cubiertos: los manteles están sembrados de flores y yerbas aromáticas, que adornan tambien los vasos y las copas de loza verde, colocados delante de cada cubierto. A la izquierda está la mesa para las mujeres. El centro del salon queda libre para la inmensa concurrencia que asiste á este acto, compuesta de lo mas brillante de la córte, y para la guardia húngara.

Aquellos ancianos entran en el salon acompañados de su familia. Su traje, costeado por el Emperador, se compone para los hombres de una especie de sotana gris, pantalon y medias de lana del mismo color, de una ancha peliza blanca, que cubre sus hombros y baja hasta la mitad de la espalda, y de un sombrero de ala muy ancha. Su barba canosa baja hasta el pecho.

Una señal del maestro de ceremonias anuncia la llegada de SS. MM. II. El Emperador se dirige á la mesa de los hombres: la Emperatriz á la de las mujeres. En seguida doce pajes, para cada mesa, traen en platos de madera el primer servicio que SS. MM. presentan á cada uno de los convidados, y que en seguida se retira intacto por doce guardias que lo reciben de las augustas personas. Lo mismo se practica con otros quince platos, que cada anciano se lleva á su casa, concluida la ceremonia.

En seguida penetra el clero en el salon, precedido de la cruz, y acompañado de pajes, que llevan en la mano cirios encendidos. Despues de los cánticos sagrados, durante los cuales se desnuda una pierna á los pobres, S. M. I. se arrodilla delante de cada uno, enjugándole con una toalla que lleva en la mano, algunas gotas de agua con que un sacerdote ha rociado el pié del anciano. La Emperatriz practica la misma ceremonia con las mujeres.

Terminado este acto SS. MM. II. se retiran, despues de haber entregado á cada pobre una bolsa blanca que contiene treinta monedas.